

Un desierto llamado nombre-del-padre

«Al principio era el Verbo, el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba al principio en Dios»¹. Misteriosas palabras del apóstol san Juan, que dice tanto del origen del mundo, como de las oscuras relaciones del Padre con el significante. Esta versión de los orígenes profundiza aún más las palabras del Antiguo Testamento, donde se nos presenta a un Dios hacedor del mundo, por medio, no de una palabra, sino, justamente, por pares de oposición de palabras: Tinieblas-Luz, Día-Noche, las Aguas y lo Seco y así hasta llegar al Hombre y la Mujer... Y es, en este punto, donde el Antiguo Testamento no sólo testimonia un hecho sino que transmite una falta. Allí donde el Padre advierte con un «no comerás» al riesgo de la muerte, es necesaria una mujer para mostrar que no transgrede la Ley sino que con su acto revela la verdad de lo prohibido, estableciendo un nudo entre lo oral, el saber, y el deseo, que llega, ¿cómo no?, hasta nuestros días.

El ateísmo de Freud no le impidió dedicar varios de sus escritos más importantes al tema de la religión, pues siempre consideró que, al igual que los mitos, «encerraba un núcleo de Verdad»². E incluso tomó en parte el relevo bíblico al intentar responder a dos preguntas que cruzan a fuego toda su obra: ¿Qué quiere una mujer?

Será a causa de la muerte de su propio padre como Freud atravesará —según sus propias palabras— los peores momentos de su vida. Es también, por esa causa, como entrega al mundo un libro que marcará una época a partir de la cual emergerá una idea del hombre completamente nueva. Nos referimos a *La Interpretación de los Sueños*. Es en su capítulo VII donde Freud nos brinda un sueño que aún con-

1 Jn. 1, 1-2.

2 S. Freud, 'Moisés y la Religión Monoteísta', en *Obras Completas*, vol. IX (Biblioteca Nueva, Madrid 1975) p. 3242 (en adelante, las obras de Freud se citan por esta edición).

serva todo su misterio: «Un individuo había pasado varios días sin un instante de reposo, a la cabecera del lecho de su hijo, gravemente enfermo. Muerto el niño, se acostó el padre en la habitación contigua a aquella en la que se hallaba el cadáver y dejó abierta la puerta, por la que penetraba el resplandor de los cirios. Un anciano, amigo suyo, quedó velando el cadáver. Después de algunas horas de reposo soñó que su hijo se acercaba a la cama en la que se hallaba, le toca el brazo y le murmura al oído, en tono de amargo reproche: 'Padre, ¿no ves que estoy ardiendo?'. A estas palabras despierta sobresaltado, observa un gran resplandor que ilumina la habitación vecina, corre a ella, encuentra dormido al anciano que velaba el cadáver de su hijo y ve que uno de los cirios ha caído sobre el ataúd y ha prendido fuego a una manga de la mortaja»³. Si en Freud siempre se trata de la muerte del padre, he aquí un sueño que en su dramatismo nos habla de la inconsciencia del padre y de la muerte de un hijo. Y sin embargo Freud, a pesar del enigma, construirá toda su teoría poniendo al padre en causa, cuando no su falta como causa.

LOS ORIGENES

Nada más sorprendente para el propio Freud que fueran sus pacientes, histéricas, las que pusieran en primer plano, en sus asociaciones, recuerdos en la infancia que las situaban como víctimas de una seducción. Seducción que explicaba el origen traumático de sus dolencias. Seducción que tenía como protagonista al propio padre de la familia —un tío, un hermano mayor, o un primo— encantado de relevarlo. A pesar de la perplejidad inicial, Freud no tardó en tomarse en serio esa causa que corría por boca de sus pacientes. La teoría del origen traumático, real, de la neurosis, comenzaba a perfilarse en el horizonte. Freud, apelando a una verdad más allá de la exactitud, pudo deducir a pesar de ese repetitivo recuerdo, una mentira, el *Proton pseudos* histérico, que lejos de hacerle abandonar la etiología traumática elevaba esa mentira, —todas han sido seducidas realmente— al estatuto de Verdad. Allí donde Freud interroga a la realidad surge una verdad que la convierte en puro fantasma. La histérica sufría, no del acontecimiento real, incluso de haberse producido, sino del recuerdo de ese hecho que no tendría efecto traumático de no haber

3 S. Freud, 'La Interpretación de los Sueños', en *Obras Completas*, e.c., vol. II, p. 656.

sido capturado en las redes de la fantasía. Aún así, ese fantasma no deja de apelar al padre; de ahí, y de sus propios sueños —nunca está de más el recordarlo— surgirá el famoso Edipo. ¿Qué nos encontramos en ese terceto de personajes que prestan de nuevo su vida al mito? Que si el sujeto desea a la madre no lo hace sino por intermedio del padre. No del padre como «totalidad», como comúnmente se piensa, pues no es más que por un rasgo que el sujeto queda identificado. «La identificación es conocida en el Psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona, y desempeña un importante papel en la prehistoria del complejo de Edipo. En niño manifiesta un especial interés por el padre (...). Simultáneamente a esta identificación con el padre, o algo más tarde, comienza el niño a tomar a su madre como objeto de sus pulsiones libidinosas. (...). Tiene que parecernos también extraño que (...) la identificación no es sino parcial y altamente limitada, contentándose con tomar un sólo rasgo de la persona-objeto»⁴. Tenemos, pues, dos observaciones que hacer. La primera, es que ese rasgo paterno que identifica al sujeto, le procura un enlace afectivo —dice Freud— con el padre. La segunda, que ese rasgo funda al sujeto en la vertiente del deseo. Allí donde el común de los mortales apostaría por una relación natural del niño con la madre, Freud no la sostiene sino es fundándola en una identificación al padre. El genio de Freud consiste en este caso, como en muchos otros, en que a pesar de mantener ciertos prejuicios naturalistas, no se deja engañar por ellos y es capaz de introducir un postulado que fractura ese prejuicio en beneficio de una subversión del pensamiento. Gran parte de sus discípulos, los mal llamados postfreudianos, volverán a zurcir ese desgarró de lo natural proponiendo ya de entrada una simbiosis, digna de risa, en las relaciones madre-niño. Y no se ahorrarán esfuerzos cuando también conciban así las relaciones hombre-mujer y expliquen sus perturbaciones, por detenciones, fijaciones, en una teoría del desarrollo digna del peor fisiólogo.

Sin embargo Freud no dejará de insistir en el padre, y éste, en la antesala del Edipo, en su punto álgido y en su final, le indicará la puerta de entrada y le dará la llave de salida.

Las funciones a cargo del padre son múltiples y dispares (...). Freud las va descubriendo una por una. Objeto de amor para Dora⁵,

4 S. Freud, 'Psicología de Las Masas y Análisis del Yo', en *Obras Completas*, e.c., vol. VII, p. 2586.

5 S. Freud, 'Análisis Fragmentario de una Histeria (Caso Dora)', en *Obras Completas*, e.c., vol. III.

espectro para el Hombre de las Ratas ⁶, tirano priapo para el Hombre de los Lobos ⁷, censor tímido y vacilante para Juanito ⁸, *voyeur* represivo para la Joven Homosexual ⁹. Sería inútil proseguir el inventario, el padre está presente en cada recodo del Edipo, cualquiera sea su disfraz ¹⁰. En este excelente recorrido que efectúa Michel Silvestre podemos ver, como también lo señala dicho autor, la ausencia del famoso «padre seductor». Ausencia que como vimos, la produjo el mismo Freud, y que tenía la ventaja de presentar a un padre como puro deseo, pues no se trataba de su persona real, ni incluso de su disfraz, sino que era la seducción misma la que operaba traumáticamente según el decir del paciente; confirmándose, de la manera más patente aquel aforismo lacaniano que quiere que «el deseo es el deseo del Otro».

Si Freud se ve obligado a abandonar la teoría de la seducción «sustituyéndola» por la del fantasma, algo insistía en él para que casi 15 años más tarde se viera en la «obligación» de introducir en su obra un mito que, como Jacques Lacan señala, es exquisitamente neurótico. Nos referimos a *Totem y Tabú* ¹¹.

«Es curioso que haya sido necesario que espere este tiempo para que una afirmación tal, a saber, que *Totem y Tabú* es un producto neurótico, sea posible sin que por eso yo ponga para nada en entredicho la Verdad de la construcción. Incluso en esto ese mito es testimonio de la Verdad. No se psicoanaliza una obra, y aún menos la de Freud que cualquier otra. Se la critica» ¹².

El Edipo freudiano plantea un orden, una Ley de lo que es posible y de lo que no lo es en la «vida» del sujeto. Y esa Ley la introduce el padre, no cualquier padre, sino el padre simbólico, que como tal no es más que puro significante. Significante que modula las imágenes del padre biológico, así como la distancia que hay entre esa imagen y su persona real; nuestra civilización se ve compelida a suturar, hasta el fracaso, la inadecuación entre lo simbólico del padre, su imagen y su «realidad», en el punto en el que aquella claridad del pensa-

6 'Un Caso de Neurosis Obsesiva', en *Obras Completas*, e.c., vol. IV.

7 S. Freud, 'Historia de una Neurosis Infantil', en *Obras Completas*, e.c., vol. VI.

8 S. Freud, 'Análisis de la Fobia de un Niño', en *Obras Completas*, e.c., vol. IV.

9 S. Freud, 'Sobre la Psicogénesis de un Caso de Homosexualidad Femenina', en *Obras Completas*, e.c., vol. VII.

10 M. Silvestre, 'El Padre, su Función en el Psicoanálisis', en *Mañana el Psicoanálisis* (Ed. Manantial, Buenos Aires 1988) pp. 71-72.

11 S. Freud, 'Totem y Tabú', en *Obras Completas*, e.c., vol. V.

12 J. Lacan, *El Seminario, Libro XVIII, De un Discurso que no fuese Semblante*, Inédito (9 de Junio de 1971).

miento que parecían tener los romanos, donde la división entre *Pater* —el que nombra al hijo— y el *Genitor* —aquel que realmente fecundó a la mujer, y bien puede perderse en la noche de los tiempos— se oscurece en el nuestro en una fusión de esas dos funciones en una sola persona que, como suele suceder, jamás está a la altura de su función; ya sea por «defecto» —he aquí al Hombre de las Ratas— ya sea por exceso —véase al Presidente Schreber.

El punto donde pivota el Edipo es, pues, un padre reducido a un nombre: el Nombre-del-Padre. Nombre que de operar en su función, produce en el sujeto una operación de separación como objeto de goce del Otro materno. Pero no debemos olvidar que para que ese nombre opere, ha de estar inscrito en alguna parte en ese Otro materno. Pues es la madre, como Otro, incluso para ella misma, la que deberá significar para el niño una satisfacción en la que él «no es todo para ella». Es ese, y no otro, el punto de horror para el niño, aquel que le descubre su «propia» castración. Pues si la madre no se completa de él, algo falta en ese Otro que es la madre para el niño. Es allí, en esa falta de goce, donde se viene a alojar, el falo, como significante de la falta, de la castración en el Otro. Falo que por un lado produce y denuncia esa falta, y por otra reglamenta el goce: «el goce en tanto fálico es ya una regulación del goce»¹³.

Pero, en este recorrido, se evidencia algo que no marcha. Y eso que no anda es que tal como se han planteado las cosas, no hay nada que no sea un maravilloso cuento de hadas: hay un niño que como objeto de la libido materna, es «salvado» por el padre, en una operación que ocurre a nivel del significante, que produce una separación de ese goce mortífero brindándole al sujeto —porque es ahí donde se produce la erección del sujeto— un fin y un deseo sexual más allá de la madre que ahora resulta prohibida: tabú del incesto. Instante exógamo para el sujeto que le indica en una operación lógica que para que el conjunto de mujeres sea posible, es necesario que al menos una esté prohibida, y además el padre que prohíbe no lo haga sino en tanto que muerto. Esta erección del padre a la dignidad del significante es lo que fundamenta Freud en *Totem y Tabú*. Y es en este mito que el maravilloso cuento de hadas se esfuma para dar paso al punto donde al sujeto le retorna un goce que lo implica en la dimensión del ser.

13 J. A. Miller, 'Teoría de los Goces', en *Recorrido de Lacan* (Ed. Manantial, Buenos Aires 1986) p. 152.

EL URVATER

Muchos han supuesto que el mito que Freud propone en *Totem y Tabú* vendría a sostener la generalización del Edipo, añadiendo datos etnológicos a los suministrados por la experiencia analítica. Esta teoría entra en plena contradicción con el prólogo de ese mismo artículo, ya que es a la inversa como Freud plantea la cuestión: «La investigación del totemismo no puede menos que declarar: 'aquí está lo que el psicoanálisis ha podido contribuir para elucidar el problema del Totem'»¹⁴. ¿Cuál es esa nueva luz que el psicoanálisis aporta a los datos de la etnología? Apoyándose en la obra de diversos autores —Darwin, Robertson Smith, Atkinson, A. Lang, etc.— Freud construye el mito: «La teoría darwiniana no concede, desde luego, atención ninguna a los orígenes del totemismo. Todo lo que supone es la existencia de un padre violento y celoso, que se reserva para sí todas las hembras y expulsa a sus hijos conforme van creciendo (...). Los hermanos expulsados (sigue ya el propio Freud) se reunieron un día, mataron al padre y devoraron su cadáver, poniendo así fin a la existencia de la horda paterna. Unidos, emprendieron y llevaron a cabo lo que individualmente les hubiera sido imposible (...) el violento y tiránico padre constituía seguramente el modelo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la asociación fraternal, y al devorarlo se identificaban con él y se apropiaban una parte de su fuerza»¹⁵. Hasta aquí el mito tal y como lo despliega Freud, pero las consecuencias de ese asesinato es lo que, formando también parte del mito, más reclama nuestra atención, pues allí Freud imprime al texto la huella de la Verdad: «Odiaban al padre que tan violentamente se oponía a su necesidad de poderío y a sus exigencias sexuales, pero al mismo tiempo le amaban y admiraban. Después de haberle suprimido y haber satisfecho su odio y su deseo de identificación con él (devorando su cadáver), tenían que imponerse en ellos los sentimientos cariñosos, antes violentamente dominados por los hostiles. A consecuencia de este proceso afectivo surgió el remordimiento y nació la conciencia de la culpabilidad, confundida aquí con él, y el padre muerto adquirió un poder mucho mayor del que había poseído en vida, circunstancias todas que comprobamos aún hoy en día en los destinos humanos. Lo que el padre había impedido anteriormente, por el hecho mismo de su existencia, se lo prohibieron luego los hijos a sí mismos en virtud de aquella 'obediencia retrospectiva' característica de una situación psíquica que el psicoanálisis nos ha

14 S. Freud, 'Totem y Tabú'..., pp. 1745-6.

15 Id., p. 1838.

hecho familiar. Desautorizaron su acto, prohibiendo la muerte del totem, sustitución del padre, y renunciaron a recoger los frutos del crimen, rehusando el contacto sexual con las mujeres, accesibles ya para ellos»¹⁶.

No se trata aquí de una pura rivalidad padre-hijo, pues es en el Edipo donde el sujeto tendrá que vérselas con una rivalidad imaginaria que muy gustoso sostendrá al precio de no querer saber nada de su verdad. Esa verdad no será otra que la de la castración. Castración de un goce operada por el padre como puro significante. Allí donde el neurótico sobre todo el obsesivo, se encarniza y hasta sueña dar muerte en una pelea sin fin a su propio padre, no hace por ello otra cosa que mantenerlo bien vivo. Viveza ensangrantada por tormentosos combates en el pensamiento que le evitan lo que con más encono reprime sin saberlo; he aquí la pertinencia de lo inconsciente: «Su padre estaba muerto y él (el sujeto) no lo sabía»¹⁷. No se trata entonces de que por medio de esos laberínticos combates, el sujeto se esfuerce en simbolizar al padre, —y eso en un hegelismo digno de encomio: «La palabra es el asesinato de la Cosa»— sino de todo lo contrario: «El asesinato del padre sigue siendo un fantasma, el de la existencia del padre»¹⁸. Rechazo de lo simbólico que da sentido, e incluso determina al padre como rival, y al sentimiento de culpabilidad en el neurótico.

Hay entonces un punto de convergencia entre el padre mítico y el padre del Edipo, pero también hay una disyunción, incluso una oposición. Si Freud se ve abocado a inventar la horda primitiva no es por otra cosa que por un hecho constatado: el goce que se trataba de prohibir, vuelve en el neurótico como alma en pena bajo el obsceno y feroz rostro de lo que Freud nombró como Super-yo.

Si el Edipo explica bien el «proceso» de normalización, tanto sexual como social del sujeto, no es suficiente para dar cuenta de un goce fuera de la Ley, que justamente no brilla por su ausencia.

Es ahí, en las modalidades del retorno de ese goce, que la clínica psicoanalítica encuentra su máxima pertinencia. Y al mismo tiempo, le impone una ética que cuestiona radicalmente la idea del Bien como valor. El superyo pone en entredicho la positividad del Bien, pues es el mismo sujeto en el dispositivo analítico el que de la manera más flagrante, pero también con estupor, no desea el Bien que dice querer. «¿Hay acaso alguna referencia mejor que la kantiana para la

16 Id., p. 1839.

17 S. Freud, 'Los Dos Principios del Funcionamiento Mental', en *Obras Completas*, e.c., vol. V, p. 1642.

18 M. Silvestre, 'El Padre, su Función en el Psicoanálisis', en *Mañana el Psicoanálisis...*, p. 75 (véase nuestra nota 10).

conciencia moral, —que se confunde con el superyo en la teoría freudiana misma— que considera que el superyo es el principio de la conciencia moral? Lacan demuestra que en Kant el principio de conciencia moral es el goce, es decir, la separación entre bien y bienestar. En Kant está dicho con todas las letras: ‘es necesario que el hombre esté apegado a algún bien que lo separe de su comodidad para que llegue a ser moral’. Lacan demuestra que esta escisión es la misma que constituye al goce en la medida en que este no se confunde con el placer»¹⁹. Que el goce no se confunda con el placer es lo que con un griterío mudo nos indica el síntoma. El síntoma desde esta perspectiva es el precio que el sujeto se ve obligado a pagar por no querer saber nada del goce que lo une a fuego a un objeto que no está dispuesto a perder, y que paradójicamente jamás poseyó.

Posiblemente no sea errado pensar que es ahí, en ese punto del objeto, donde Freud, en uno de los textos más pesimistas, plantea una roca casi imposible de atravesar: «La gran importancia de estos dos temas —en las mujeres el deseo de un pene y en los varones la lucha contra la pasividad— no escaparon a Ferenczi. En el trabajo leído en 1927 consideraba como un requisito para todo psicoanálisis realizado con éxito que esos dos complejos hubieran sido dominados. Me gustaría añadir que, según mi experiencia, pienso que al pedir esto pedía demasiado. En ningún momento del trabajo psicoanalítico se sufre más de ese sentimiento opresivo de que los repetidos esfuerzos han sido vanos y se sospecha que se ha estado ‘predicando en el desierto’ que cuando se intenta persuadir a una mujer de que abandone su deseo de un pene porque es irrealizable, o cuando se quiere convencer a un hombre de que una actitud pasiva hacia los varones no siempre significa la castración y es indispensable en muchas relaciones de la vida (...). Con frecuencia tenemos la impresión de que con el deseo de un pene y la protesta masculina hemos penetrado a través de todos los estratos psicológicos y hemos llegado a la roca viva, y que, por tanto nuestras actividades han llegado a su fin»²⁰. Si el sujeto retrocede espantado ante lo que le viene del padre, la castración, es porque mantiene la creencia en un fantasma que lo imagina siendo el objeto que completaría al Otro materno. Allí donde el sujeto dice querer su propio bienestar —por eso acude a la casa del Otro, la del analista— erige un altar donde se muestra «gustoso» a ofrecerse en sacrificio para la satisfacción de ese Otro... que no existe.

19 J. A. Miller, ‘Clínica del Superyo’, en *Recorrido de Lacan...*, p. 140.

20 S. Freud, ‘Análisis Terminable e Interminable’, en *Obras Completas*, e.c., vol. IX, p. 3364.

LOS RETORNOS DEL GOCE

La clínica freudiana es una clínica del retorno del goce. Ese goce que se puede definir como lo que resta de una operación que Jacques Lacan definió y conceptualizó como «metáfora paterna». Metáfora que muestra al Nombre-del-Padre metaforizando el deseo de la madre, a fin de hacer surgir una significación allí donde para el sujeto sólo aparece un deseo materno sin ley, un puro capricho. Suele decirse que esa metáfora fracasa en esa sustitución. No se trata para nada de eso, pues esa falla es consustancial a la misma operación metafórica. Ante ese resto de goce producido por la metáfora paterna, el sujeto se parapeta con un fantasma que le proporciona la ilusión de un narcisismo sin fin. De ahí que también podamos situar el síntoma como uno de los nombres del padre, y eso en el sentido de que si el síntoma, según Freud, es el retorno de lo reprimido, allí donde emerge uno, debemos escuchar la huella del padre, aquello que no fue posible del lado del padre y que irrumpe en el yo del sujeto haciendo «trizas» el recurso de éste al fantasma: lo real como imposible se impone bajo el modo de sufrimiento, de goce, en la vida del sujeto.

Ahora bien, allí donde retorna, en su modalidad, Freud situará la posición del sujeto en la estructura: Neurótico, perverso, o psicótico.

Los efectos del retorno del goce que señalan la posición subjetiva, son del orden del «nada que ver», aunque la gravedad de los casos a veces confunda al clínico en el diagnóstico, lo que ha llevado a muchos a crear, ante tal confusión, categorías como por ejemplo, la de *borderline*, o también a aplicar a un mismo paciente un diagnóstico tan amplio como confuso, que dice bien de la miopía, por no decir ceguera, a la que constantemente se ve sometida una clínica de la mirada cuando se queda prendada de los fenómenos, aquí en su más pura vertiente imaginaria. Pues el sueño de la psiquiatría actual es reducir al paciente al silencio de una tumba, ya que tiene por principio el rechazo absoluto de la dimensión de la palabra, rechazo que la lleva hasta la impotencia en espera de una fantástica máquina que precisara datos, diagnóstico y tratamiento adecuados, adecuados a los intereses de la industria farmacológica.

La clínica freudiana produce un «corte epistemológico» en el punto en que hace prevalente una clínica de la escucha en detrimento, necesario, de la mirada. Pues allí donde el paciente se ve reducido a un mero objeto de manipulación de un Otro que todo lo sabe, todo lo ve, y que incluso se presenta como un índice de buena realidad

—aunque no debemos olvidar que el paciente en cuestión se ofrece gustoso a sostener esa pantomima— Freud emprende un camino tan radicalmente opuesto que no duda un instante en abordar el escrito de un loco, célebre en el psicoanálisis, con el objeto de dilucidar los mecanismos específicos de la psicosis. El escrito es *Memorias de un Neurópata*, el autor Daniel Paul Schreber, Presidente de la Real Cámara de Apelaciones del Land de Dresde ²¹.

LA FORCLUSION DEL NOMBRE DEL PADRE: LA PSICOSIS

Hay que leer detenidamente las memorias del presidente Schreber, para percibir la categoría del texto ante el que nos encontramos. Poco más, en lo que a fenómenos se refiere y a su descripción, podríamos encontrar en cualquier otra psicosis, aunque esto, la elevación de un caso particular a la categoría de paradigma, no hace olvidar al analista la particularidad del caso por caso, pues ahí, en lo particular del caso por caso, el psicoanálisis encuentra su pertinencia, su avance teórico — si se da «el caso»— y su posición ética.

Las consecuencias teóricas que Freud extrajo del caso Schreber siguen siendo de máxima actualidad, a pesar del pesimismo con el que abordaba la cuestión. Puesto que es un hecho que cada vez sean más los analistas que frecuentan a sujetos psicóticos, cuando no al contrario. Y los primeros, siguiendo la indicación de Lacan, no retroceden ante los segundos. No retroceder ante la psicosis va en contra del pesimismo freudiano que, justamente, ponía toda la dificultad en el tratamiento del lado de la transferencia. Transferencia que se hacía inexistente, o que se transformaba en paranoica colocando al analista en la serie de los perseguidores —caso de la paranoia— cuando no en la serie de los amantes —caso de la erotomanía.

Cómo evitar ese riesgo, siempre presente, cuando el pivote de la transferencia es el saber, y si hay algo que caracteriza estructuralmente al psicótico es el hecho de que él mismo se coloca del lado de la certeza. El psicótico nada tiene que saber en el punto absoluto de una certeza muy precisa: el Otro goza de él.

Ese Otro goce que invade la «vida» del sujeto hasta el suplicio, no es sino la consecuencia de la forclusión del Nombre-del-Padre en el Otro. Allí donde el sujeto lo reclama, no lo hace sino en vano, quedándose sin un apoyo que le signifique un goce marcado por una pérdida. «Búsquese en el comienzo de la psicosis esta coyuntura dra-

21 D. P. Schreber, *Memorias de un Neurópata* (Editorial Argot, Barcelona 1985).

mática. Ya se presente para la mujer que acaba de dar a luz en la figura de su esposo, para la penitente que confiesa su falta en la persona de su confesor, para la muchacha enamorada en el encuentro del «padre del muchacho», se la encontrará siempre, y se la encontrará más fácilmente si se guía uno por las «situaciones» en el sentido novelesco del término»²².

Esas «situaciones» que producen el desencadenamiento, muestran que el sujeto hasta ese momento se sostenía de un otro imaginario —por identificación— que le permitía «orientarse» en el mundo. Porque es a partir de ese punto, de ese «llamado en vano hecho a la metáfora paterna»²³ donde el sujeto experimenta extrañas sensaciones corporales, se ve perseguido por miradas que constantemente lo vigilan, por voces que lo insultan hasta lo obsceno. El tiempo se entenece de manera vertiginosa, cuando no pasa a velocidad de estupor. El cuerpo parece desperdigarse en todas direcciones, o llega hasta la petrificación más insoportable. Incluso los sueños, que hasta ese momento podía llegar a considerar propios, le parecen mensajes enviados desde un lugar absolutamente ajeno a él mismo. Y todo ello bajo un efecto de significación —este es el índice clínico más importante— de catástrofe, de muerte subjetiva. Efecto que puede llegar a encarnarse en una espectacular catatonia, al mismo tiempo que surgen en esos fenómenos una certeza incommovible. Llegados a este punto, el sujeto puede llegar hasta un «completo» restablecimiento de este episodio, y «retornar a un estado anterior» siempre susceptible de una recaída cuando las circunstancias de la vida lo conduzcan a ocupar una posición que requiera del padre, o que ese momento de desencadenamiento conduzca a la construcción de un delirio en un esfuerzo inhumano que, como señala Freud, hay que tomarlo como un intento de curación, de restitución, del mundo del sujeto; siendo este otro de los puntos de divergencia con la psiquiatría, pues el delirio es tomado aquí como la enfermedad misma.

Ante tal estado de cosas podemos parafrasear al Freud de *Duelo y Melancolía* y plantear que: Tanto científica como terapéuticamente sería infructuoso contradecir al enfermo cuando relata los hechos de los que es víctima. Debe tener razón y describirnos algo que es en realidad como a él le parece. Puede en realidad acercarse al conocimiento de sí mismo; y en este caso nos preguntamos por qué ha tenido que enfermar para descubrir tales verdades. Pues es indudable que quien llega a tal valoración de sí propio y de los demás y la

22 J. Lacan, 'Cuestión Preliminar a todo Tratamiento Posible de la Psicosis', en *Escritos*, vol. II (Ed. Siglo XXI, México 1981) pp. 262-3.

23 *Id.*, p. 244.

manifiesta públicamente está enfermo, diga la verdad, o se calumnie más o menos ²⁴.

En efecto, el psicótico dice la verdad cuando nos informa que el lenguaje le es totalmente exterior, al punto de *voz-alizarse*, que el cuerpo lo siente extraño a sí mismo, los sueños son mensajes enviados desde otro lugar con oscuros designios, que la realidad exterior no se sostiene sino del fantasma, que la soledad es la condición humana, o que los objetos que cualquier neurótico —o sea los que presumimos de normales— considera como lo más propio, lo son tanto como el nombre... propio. Vuélvase a Schreber y se encontrará ese testimonio desgarrador, pero también el punto de elección subjetiva: allí donde elige no creer en el Otro se presenta como víctima de un goce que considera como suprema maldad. Siendo este su rasgo de perversión: aquel que lo empuja a su transformación en mujer... ²⁵.

EL DISPOSITIVO ANALITICO

Ninguna felicidad ofrece Freud al sujeto en dispositivo analítico, ya que allí mismo es invitado, por medio de la asociación libre, a desprenderse del parapeto narcisista detrás del cual se refugia para no sacrificar al Otro su ser de goce. La histeria ilustra bien el caso. Artista del sacrificio hasta la muerte, muestra en cada uno de ellos el resguardo de lo que considera como su bien más preciado: la satisfacción que obtiene en cada uno de ellos, y eso a pesar de las reiteradas quejas de su posición de víctima y de las dolorosas secuelas que eso le reporta.

Freud propone al sujeto una «investigación» por la palabra —único medio de acción en el dispositivo— de aquello de lo que como sujeto es causa; no aquello hacia lo cual se ve empujado, sino de lo que lo empuja a un destino que para él mismo tiene un rostro de insensatez. Causa que no está del lado del significante, pues es el significante el que se ordena según esa causa. Causa silenciosa que Freud nombró como pulsión, lo que dice bien de la conexión de esa causa con lo real.

Que el analista reclame, pida un renunciamiento al goce, es lo que vimos en el texto de Freud *Análisis Terminable o Interminable*, aunque allí constatamos un obstáculo, una roca, donde Freud señala la

24 S. Freud, 'Duelo y Melancolía', en *Obras Completas*, e.c., vol. VII.

25 Fr. Leguil, 'Rasgos de Perversión', en *Escansión*, 2 (1990) pp. 7-33.

aparición de una negativa del lado del sujeto a ceder su ser. Ser que debemos tomar del lado que más inquieta a la filosofía, o sea, como objeto de goce. Esa negativa a mutar su ser por el significante, es lo que coloca al sujeto al abrigo de la castración.

La dificultad del análisis se sitúa ahí, en ese más allá del Padre, donde el sujeto no va a encontrar una sutura a su división sino más bien su incurabilidad, y eso a pesar de los efectos terapéuticos que indudablemente obtenga. El sujeto en análisis está condenado a transitar por un desierto de goce, el del Nombre-del-Padre, en el que se dedica con ahínco —nos lo enseña hasta lo sublime la neurosis obsesiva— a poblar con personajes con los cuales mantiene un combate sin fin para sostener que su falta no se produce sino a causa de esos otros que lo privan, o incluso le prohíben, un goce del cual se ve excluido. Puros espejismos en los que el sujeto se entrapa para no enfrentarse a la satisfacción que obtiene en ese desierto abrasador, y retroceder hasta la petrificación allí donde el análisis le ofrece el avance por ese desierto hasta alcanzar su mismísimo horizonte, horizonte deshabitado del ser; allí donde no hay lugar para el amor al Padre.

JOSE MANUEL ALVAREZ LOPEZ